

Las mujeres en el Evangelio

Por FEDERICA FEDIE

Marta es una de aquellas mujeres que sirven a Dios con solicitud de madre. María, que estuvo demasiado en la tierra para no sentir sino desprecio por todo lo que sea material, está sumida en la contemplación muda que va más allá de toda acción y de toda palabra. Es que la unión perfecta exige el silencio de todo nuestro ser.

"Ame mieux préparée à l'Évangile intime,
Cherchant plus les sommets pour voir

Sin embargo, la actividad material no es mala, sino cosa querida por Dios, pero la excesiva actividad material puede convertirse en la enemiga del alma. Es lo que está a punto de sucederle a Marta, quien, en su despecho al ver que Jesús sólo parece atender a María, llega a dirigirle un reproche: "¿No reparas que mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa?". La mujer, que acaba de recobrar sus derechos gracias a Jesús, se atreve ahora a enfrentarse con El. Es necesario que Cristo enseñe a esta pobre Humanidad, que en su ignorancia se ha asentado sobre la falsa base del orgullo: "Y a la verdad que uno sola cosa es necesaria, que es la salvación eterna".

No hay en Jesús, sin embargo, el menor enojo contra Marta; le habla como un padre a la hija pequeña sorprendida en falta, más con enseñanza que con reproche. Y repite dos veces su nombre; "Marta, Marta..." (San Lucas, X, 41), prueba, según San Agustín, del más vivo afecto: "Repetitio nominis Marta est indicium dilectionis".

Antes de dejar a Marta y María, veámoslas en el momento en que la desgracia las aflige: ha muerto su hermano Lázaro. Ha muerto porque Jesús no estaba allí. Pero Jesús es la Resurrección y la Vida. Y para llevar esa Vida, emprende el camino hacia Betania, aún exponiéndose a ser apedreado por los fariseos. Sabedoras las mujeres de su llegada, se adelantaron a recibirle. Nueva delicadeza del Señor: El, que ha venido de tan lejos para estar junto a esas dos mujeres, les deja la satisfacción de ser ellas quienes corran hacia El. Y luego, lo más sublime: "Entonces, a Jesús se le arrasaron los ojos en lágrimas" (San Juan, XI, 35). Jesús, que no llorará al ser injuriado, traicionado, crucificado, une ahora sus lágrimas a las de Marta y María.

"Il pleurait, et pourtant il tenait de flambeau

Qui rallume la vie au profond du tombeau". (2)

Lloraba, sí, ante el cuerpo de Lázaro muerto desde hacía cuatro días

porque veía en él a la triste figura de la Humanidad, del hombre hecho a su semejanza, muerto a la Gracia desde hacía 4000 años. Pero lloraba para lavar con sus lágrimas los pecados del mundo, para darle la vida con su propio dolor. En efecto, al dolor de Jesús sigue la resurrección de Lázaro: "Lázaro, sal fuera" (San Juan XI, 43).

Y pasando alto a Justa, la cananea, que con su "Señor, ten piedad de mí" (San Mateo XV, 22), representa el grito siempre renovado de la Humanidad que clama a Dios; la Samaritana, o el espíritu de la Gracia; la viuda de Naím, símbolo de la madre Iglesia, etc., voy a tomar a Jesús en sus últimos momentos en la tierra, por ser aquellos en que el Evangelio, de por sí tan conciso, nos muestra detalladamente la intervención de la mujer.

Es la hora más sombría en la historia del mundo. Es la hora en que la verdad y la justicia, son perseguidas en nombre de la verdad y la justicia. Jesús va a ser condenado por aquellos a quienes viene a salvar. En esta hora, una mujer, una pagana, piensa en Jesús, siente su inocencia y sufre por él. "Pues he sufrido mucho hoy en un sueño a causa suya". Sufrir por un justo perseguido, sufrir por un hombre que pertenece precisamente a la raza más odiada por los romanos, es lo contrario de todas las ideas romanas; mas no es lo contrario al sentimiento de la mujer, cualesquiera sean las ideas de la sociedad a que pertenezca. Pero esta mujer, hace algo más que sufrir, intercede por El ante su esposo con tanta insistencia, que logra hacerlo vacilar. ¡Admirable ejemplo para las actuales esposas de los gobernantes el de esta pagana, en una época en que la mujer tan poco contaba!... ¿Qué no tuvo éxito ante los hombres? ¡Lo tuvo ante Dios! Y la iglesia oriental celebra así su fiesta. Claudia Prócula, mujer de Pilatos.

Jesús, aquel que marchaba triunfante ante los ¡Hosanna! de la multitud, marcha ahora al suplicio entre los gritos de: ¡Sea crucificado!. Ni una palabra amiga entre las injurias y los golpes de los verdugos, ni una mirada de simpatía. Sus discípulos han huído; Pedro le negó. La fría ley del Talmud impedía derramar lágrimas ante los condenados al suplicio de la cruz. ¿Quién se atrevería a testimoniarle compasión? Las mujeres. ¡Si, mujeres de Jerusalén, vosotras las débiles atreveos a todo: llorad, protestad, turbad a los criminales con los acentos de vuestro dolor. Representáis el alma religiosa del mundo, sois la parte sana de la Humanidad que sigue a Jesús, y sobre la que reposa el espíritu de justicia, de luz, y de amor!

En estos momentos en que todos han abandonado a Jesús, vemos otra vez a la mujer que le sirve con solicitud de madre: Berenice se adelanta y limpia su rostro lívido, manchado de tierra, sudor y sangre. Y, en reconocimiento el más preciado tesoro el de la verdadera imagen "vera icón", de allí Verónica) de la angustia de Dios, queda en poder de Berenice y desde entonces en poder de la Iglesia...

¡Hermoso destino el de estas mujeres, al haber sido el bálsamo del martirio divino...! Pero las mujeres de todos los tiempos tenemos una misión privada y pública que cumplir por Cristo, no menos bella, no menos necesaria que la de las mujeres que acompañaban a Jesús, al Calvario. Y

cún hoy, más de un pueblo, extraviado por sus dirigentes, conduce nuevamente a Jesús al suplicio, negando y proscribiendo su doctrina. Pero hoy también una gran multitud de mujeres sigue al Redentor en la vía dolorosa, lo proclama Dios, se apena de sus torturas y sufre con El y por El. Son el alma cristiana, el alma imperecedera de la Humanidad.

En el silencio y las tinieblas, redoblan las mujeres su dolor y sus lágrimas. María Magdalena pasa la noche sufriendo. ¡Pobre Magdalena...! ¡Cuánto ha amado y cuánto ha perdido...! ¡Qué solitaria su alma, al ser privada del bien al cual se había entregado...! ¡Qué terrible el sufrimiento de la ausencia!

Terminado el sabbat, Magdalena no resiste más, y aún en las tinieblas, atraviesa Jerusalén y va hacia el sepulcro. Volver junto al ser amado, verlo, permanecer junto a él, es la necesidad del verdadero amor. Pero al llegar, ve que la gran piedra que cerraba la entrada del sepulcro, ya no está en su sitio. Temiendo que la tumba hubiese sido profanada, va a llamar a Pedro y a Juan. Ellos la siguen: ven los lienzos en el suelo, el sudario aparte y la tumba vacía. Ven y se van. Los apóstoles, el futuro jefe de la Iglesia y Juan, el discípulo amante y amado, se van; es todo lo que pueden hacer. Pero Magdalena no puede irse; todo su pensamiento está en encontrar al Salvador. Sin embargo, sola, abandonada por aquellos que hubieran podido ayudarla ¿qué hará en medio de su dolor?

María Magdalena personifica a las almas que sufren de ausencia. Pero desea mucho algo es ya acercarse a ello. María Magdalena está muy cerca de Dios. Es más, antes que las otras mujeres, antes que los apóstoles, María ve, en el lugar en que estaba el Cuerpo Divino, dos ángeles que le preguntan: Mujer ¿por qué lloras,, y al instante se le aparece Jesús "¡María...!" "¡Maestro...!". Como en el verdadero amor, una palabra basta para entenderse. ¡Mujeres que sufris de ausencia! ¡esperad...! ¡esperad como María Magdalena y pronto tendréis vuestro ángel, y acaso el mismo Dios se os aparezca.

Dice entonces Jesús a María: "¡No me toque!", lo que implica reconocerle la superación de lo sensible y la posibilidad de vivir en el espíritu. Ya no estamos en la hora en que ella necesitaba besar los pies de Jesús para sentir que lo amaba. ¡Quede lo sensible para los que dudan, como Tomás!. En segundo lugar, Dios encarga a la pecadora que informe a sus discípulos de su Resurrección y de su gloriosa adopción divina: "Anda, vé a mis hermanos y díles de mi parte: Yo me subo al Padre mío y **vuestro**" (San Juan, XX, 17).

Jesús se va al Padre. Y María, como la humanidad entera, pierde a Jesús inmediatamente después de haberlo hallado. Pero ahora, la Humanidad sabe que ese Dios está siempre dispuesto a que lo volvamos a hallar. Y para encontrarlo o para no perderlo, las mujeres rezan en las iglesias unidas a los hombres (no separadas como en la sinagoga, porque los discípulos les dejaron junto a ellos el lugar que tenían en la vida del Maestro.

LAS MUJERES EN EL EVANGELIO (Viene de pág. 13.)

En el Gólgota, Jesús agoniza. En esta hora de tormentos, Jesús quiere tener a la mujer junto a sí. Y allí está la mujer, representada en sus tres condiciones: una Virgen, una mujer casada (Salomé) y una pecadora convertida (Magdalena)... para reparar con su ternura la falta de Eva, para aprender junto a Cristo que muere para salvar, que para dar vida hay que sufrir, que el sacrificio es ley humana, religiosa y social, que es una fuerza y una gloria. ¡Mujeres! En este día comienza vuestra grandeza...

Jesús ha expirado. Todos han huído. Todos, menos las mujeres, que hasta el último momento se quedaron velando junto al cuerpo de Jesús. Pero, llega la noche. Hay que volver a Jerusalén; hay que observar el "sabbat". Es necesario que esa Virgen, que aún tiene en sus brazos el cuerpo desfallecido del hijo, se separe de él.

Esta mujer, a la que Jesús ha amado, instruído, perdonado, levantado, consolado, héla consagrada a la santificación de la tierra y a la visión del Cielo. Así, al deber de la mujer en la familia, se le ha añadido una misión social, en la que no sólo ha recobrado sus derechos y dignidad de persona, sino que se ha convertido en la corredentora de Cristo, en la salvadora del hombre. Porque sabe que fué creada para amar. Porque sabe que por el amor puede regenerar al hombre. Porque sabe que por el amor puede dar la vida.

(1) (2) Lafrade: "Poèmes Evangéliques".

Lo que más interesa a la vida no son los conocimientos sino el carácter, y éste estaría amenazado si el hombre fuese inferior a su tarea y estuviese oprimido por la peña de Sísigo.

Hay otra ciencia distinta de la que cae en la memoria: la ciencia de vivir.

El estudio debe ser un acto de vida, debe ser provechoso para ésta y debe estar impregnado de ella.

"El verdadero sabio no discute; no se defiende. Habla o escucha; afirma o trata de penetrar los significados. —

Keyserling.